

UN FIN DE AÑO DIFERENTE

Nochevieja 2024. Como dice aquella canción de Mecano, "los españoles nos juntamos para hacer algo a la vez". Todos pegados al televisor, esperando las campanadas para tomarnos las uvas, como manda la tradición. Lo de todos los años, con el bullicio de la multitud y las risas compartidas. Sin embargo, esa Nochevieja va a ser distinta para mí, una experiencia única y cargada de sentimientos encontrados. Por primera vez en mi vida, comienzo un año sin mi familia, fuera de casa. Me toca trabajar.

No sabría explicar con exactitud las emociones que me recorren el cuerpo en esa noche. Son sensaciones intensas y contradictorias que me atraviesan mientras me preparo para pasar las últimas horas del año en el hospital. Por un lado, la alegría del nuevo año que empieza, aunque no de la manera convencional. Tengo la suerte de tener un turno con un equipo excepcional, compañeras que hacen que el trabajo sea más llevadero, que aportan su fuerza y su humanidad. En medio de la adversidad, me siento acompañada, como si todo fuera más sencillo cuando se hace en equipo.

Por otro lado, la nostalgia y la añoranza me invaden. Echo de menos a mi familia, a mis seres queridos. Me acuerdo de ellos en el preciso momento en el que todos nos reunimos frente al televisor para las doce campanadas, para tomarnos las uvas y brindar: "Por la vida, la suerte, la salud". Qué curioso es brindar por la salud cuando, en la habitación de al lado sabes que hay personas luchando por mantenerla.

Hablo de Gustavo, el paciente de la paciencia infinita (valga la redundancia). Gustavo todavía no es consciente de que este año que entra va a ser probablemente su último año. Así lo ha querido su familia. Han venido desde muy lejos para luchar por su vida y no pierden la esperanza. Saben que la situación es muy complicada y no quieren que el pesimismo invada a Gustavo, que en sus tiempos, debió de ser todo un guerrero y eso lo ha convertido en un luchador.

Y así, cuando empiezo a dejarme llevar por la tristeza, mi cabeza se despierta. No pasan más de 2 minutos desde las 12 de la noche. Un timbre interrumpe mis pensamientos. La abuelita de la 16 ha llamado. Es el momento de pasar a atenderla.

Carmina es una mujer encantadora. A pesar del cansancio evidente, su sonrisa sigue siendo cálida, reconfortante. "Bueno, pues yo ya estoy lista para irme a la cama", me dice. Ha tenido un gran gesto con nosotras. Quería esperar a las campanadas, a que todos brindáramos, y luego, con tranquilidad, irse a descansar. Con la mejor de sus intenciones, quiso asegurarse de que sus enfermeras pudieran celebrar como todos los demás, sin preocuparnos por ella. Carmina me hace recordar que nuestra vocación va más allá de la atención médica. La humanización del cuidado, pilar fundamental de

nuestro trabajo, nos hace estar allí para las personas cuando más nos necesitan, y a veces es un simple gesto como arropar a una paciente, nos devuelve esa perspectiva.

A mí personalmente, me resulta muy fácil perderme en la rutina del trabajo, en el estrés de las urgencias o en las horas interminables de turno, pero esos momentos, tan sencillos, son los que definen realmente lo que significa ser enfermera. Ayudar a alguien a ponerse cómoda para descansar, acompañarla en ese último paso del día, también es atención, también es cuidar.

Poco antes de ayudar a Carmina, me encontraba en la habitación de Santiago, un hombre de mediana edad, hospitalizado por una infección inoportuna. Santiago no tenía mucha ilusión por el jaleo de la Nochevieja, como muchos de los pacientes, y cuando su mujer se marcha a cenar con unos amigos, me confiesa estar agradecido por no tener que lidiar con "toda esa parafernalia de la fiesta". En su lugar, él prefiere la tranquilidad del hospital, lo que le permite evitar todo el bullicio y las expectativas, de las que está muy cansado.

Pasamos un buen rato charlando. Me habla de sus hijos, de sus padres, de su mujer y de sus raíces asturianas. Recuerda con cariño sus viajes a París y se deja llevar por la conversación sobre literatura. Durante casi una hora, nos olvidamos de las máquinas, de los pasillos y del alboroto del hospital. Estando tan cómoda hablando con él, el tiempo parecía volar, hasta que, una de las compañeras entró para avisarme de que quedaban cinco minutos para las uvas. La mujer de Santiago regresaba para brindar por el nuevo año.

Lo curioso es que Santiago se disculpaba una y otra vez por distraerme de mi trabajo. "Lo siento, no quiero hacerte perder el tiempo", me repetía. Y yo le decía, como tantas veces lo hago, que mi trabajo no se limita a las tareas técnicas. Mi labor también es escuchar, acompañar, estar presente. Al final, somos algo más que los encargados de aplicar tratamientos o administrar medicación. Muchas veces somos el apoyo emocional que las personas necesitan en sus momentos de vulnerabilidad.

Mientras Santiago me recomendaba libros y me hablaba de París, sentía que la noche, tan distinta a las que había vivido antes, estaba siendo algo más que un simple turno de trabajo. El fin de año me estaba regalando una perspectiva diferente de la vida, un recordatorio de que el cuidado no siempre se mide en cifras, sino en experiencias.

Otro gran protagonista de mi Nochevieja es Ricardo. Ricardo es muy conocido en la unidad. Un paciente crónico que ha pasado por varios ingresos este último año, en especial después de una serie de intervenciones quirúrgicas. Las Navidades, como no podía ser de otra forma, le tocó pasarlas con nosotras. Ricardo tiene una presencia inconfundible, siempre lleno de historias, bromas y una energía que, nosotras que le

conocemos bien, nos vamos dando cuenta de que se va consumiendo. Y es por ello por lo que Ricardo fue otro de los grandes personajes de la noche.

Con el cansancio asociado a los largos periodos de hospitalización, Ricardo ha perdido su autonomía, o parte de ella al menos, y necesita ayuda para realizar tareas que, a priori, parecen muy sencillas. Ricardo es portador de una colostomía desde hace más de 20 años. Podemos decir que es un experto en el tema y lo maneja divinamente. Sin embargo, la falta de fuerza y, sobretodo, de precisión, le hace ser incapaz de realizar un cambio de bolsa o de disco. Además, se trata de una colostomía con mucho débito, por lo que es necesario vaciar la bolsa cada pocas horas.

Por todo ello, entramos en varias ocasiones en su habitación durante la noche, para vigilar la bolsa, vaciarla si fuera necesario y evitar así, un “accidente mayor” como dice él. Parece fácil, pero entrar en una habitación a oscuras, sin hacer ruido y conseguir que ni el paciente ni el acompañante se despierten, es todo un logro. Esta Nochevieja el reto no fue menos, pero lo conseguimos con éxito, hasta que, alrededor de las 6 y media de la mañana, en nuestra última ronda, Ricardo se despierta. Con una voz ronca y todavía medio dormido me dice “gracias por hacer tan bien lo que hacéis. Feliz año”. No le doy respuesta, se vuelve a quedar dormido. Sus palabras me hacen darme cuenta no solo de lo que se valora el trabajo que hacemos, si no también el cómo lo hacemos. Esa noche, como muchas otras, hicimos casi malabares para no despertarle (como a muchos otros pacientes) y él me lo agradeció, demostrando que, aunque estén dormidos, se da cuenta y lo valora enormemente.

Cabe destacar la importancia que tiene un buen equipo en una noche como esta. Siendo fechas tan especiales y estando fuera de casa, ponernos las “caretas” de los mosqueteros y seguir aquel plan del “uno para todos y todos para uno” es todo un acierto. Realmente, durante todo el año, están presentes el trabajo en equipo y el compañerismo, pero, en noches como estas, se fomentan. Se forma una nueva familia lejos del hogar y te sientes acogida. Este buen ambiente y generosidad entre compañeras es palpable y los pacientes lo notan. Se contagian de ese “buen rollo” y pueden llevar su estancia de manera más llevadera.

Es en momentos como este cuando realmente se comprende el impacto de un equipo sólido. Todas compartimos la misma misión, y esa unión trasciende más allá de lo profesional. La sensación de estar acompañada, de saber que no estás sola, hace que cualquier desafío, por difícil que sea, se haga mucho más manejable. El trabajo en equipo no solo se refleja en la coordinación de tareas, sino también en el apoyo emocional que nos brindamos mutuamente. En una noche tan simbólica como la de Nochevieja, la energía positiva que generamos se convierte en un faro que guía a aquellos que más lo necesitan.

Al final, lo importante son las relaciones humanas. Aunque estemos lejos de nuestras familias, en ese momento, nuestras compañeras se convierten en nuestra nueva familia. Y, por si fuera poco, esa misma calidez y cuidado se transmite a nuestros pacientes, quienes también celebran con nosotros, aunque de una manera más silenciosa. En cada gesto, en cada palabra, en cada mirada, se percibe la importancia de estar presentes, de hacer que su noche, aunque esté marcada por la enfermedad o la distancia, sea más llevadera. Nos convertimos, sin darnos cuenta, en una parte fundamental de su experiencia, y eso hace que la noche sea aún más especial.

Así, mientras brindamos y levantamos nuestras copas, no solo estamos celebrando el final de un año, sino la unión que nos fortalece y la esperanza que sembramos, juntas, en equipo, en cada paso que damos.

Como equipo, tenemos que “hacer frente” a Fermín, que tiene muchas ganas de brindar con champán y se lo prohíben por orden médica. Fermín lleva años con un hígado transplantado, sin embargo, hace relativamente poco a vuelto a la bebida y su nuevo, aunque ya algo viejo, hígado ha comenzado a resentirse.

“Es una pena” nos dice, “sin champán yo no me tomo las uvas”. Intentamos animarle, pero somos conscientes de lo delicado de la situación. Él mismo nos lo ha dicho muchas veces “caer en los vicios es muy fácil, salir de ellos...”. Nunca termina la frase. Todo ello me hace pensar en lo que debe haber pasado, tanto él como su familia.

Fermín contrasta con Michael, que está recién transplantado hace a penas unas semanas. Piensa en su trasplante como un renacer, una nueva oportunidad que le da la vida. Michael viene desde muy lejos, ha dejado atrás a su familia y ha luchado contra viento y marea para llegar hasta donde está. Una hepatitis fulminante no iba ser ningún impedimento.

Michael derrocha optimismo y una actitud luchadora. Está muy agradecido de esta oportunidad. Es la primera vez que toma las uvas, no es tradición en su país. Le explicamos como funciona y le encanta la idea. Luego, cuando pasamos a felicitarle el año nos cuenta entre risas la aventura que le ha supuesto coordinar las uvas con las campanadas.

El contraste entre Fermín y Michael es como un reflejo de dos mundos diferentes, aunque ambos compartan un trasfondo común: el trasplante de hígado. Pero mientras que para uno representa un desafío continuo, lleno de tentaciones y batallas internas, para el otro es una segunda oportunidad, un renacer que lo llena de optimismo.

Fermín, con su mirada cansada y los recuerdos pesados de una vida marcada por los excesos, nos cuenta con tristeza que el champán es algo casi sagrado para él,

especialmente en un día como el 31 de diciembre, cuando las campanadas dan paso al nuevo año. Pero esa tradición se ha vuelto, de repente, un obstáculo en su vida. A pesar de la oportunidad que se le dió gracias al trasplante, su relación con el alcohol se ha convertido en una prueba de fuego para él y su hígado, que ya no puede soportar el mismo abuso de antes.

Mientras tanto, Michael, con su mirada llena de esperanza, nos contagia con su energía. Agradece cada día como si fuera el primero. Para él, lo que otros dan por sentado se ha convertido en un regalo de vida.

En medio de todo ello, me doy cuenta de lo profundamente distinta que es la relación de cada uno con la vida. Fermín y Michael han pasado por lo mismo, pero sus reacciones ante el regalo del trasplante son tan diferentes. Mientras uno lucha contra sus demonios internos y contra la tentación de caer, el otro celebra su nueva oportunidad con una gratitud inquebrantable. Ellos son un recordatorio de lo fácil que es perderse en la oscuridad, pero también de lo importante que es saber encontrar la luz. Ambos son ejemplos vivos de lo que significa luchar, cada uno a su manera, por una vida mejor.

Esta Nochevieja ha sido, para mí, un recordatorio profundo de lo que significa ser enfermera. Mientras el mundo celebraba el fin de un año y el inicio de otro, yo me encontraba en un entorno muy diferente: el hospital. Lejos de las fiestas, de las luces y de las risas familiares, mi noche se convirtió en un reflejo de lo que mi profesión representa cada día, de lo que verdaderamente implica el cuidado de los demás.

En medio de las celebraciones, mis compañeras y yo hemos compartido pequeños momentos de alegría en los pasillos, entre pacientes y cuidados. Me tomé las uvas a la medianoche, no en una mesa festiva con seres queridos, sino en una habitación de un hospital, rodeada de pacientes que, como yo, pasaban esa noche con la esperanza de que el próximo año les traiga más salud, paz y bienestar. Fue una mezcla extraña de celebración personal y compromiso profesional.

Al igual que muchas veces sucede en la rutina diaria, en esa noche a veces olvidamos lo grande que es el impacto de un gesto de empatía. En esa madrugada, en la que el reloj marcaba un nuevo comienzo, entendí que el trabajo de enfermería es un acto de humanidad constante. No importa que estemos lejos de nuestros hogares o de nuestras propias celebraciones; lo que importa es que, al estar con nuestros pacientes, les brindamos algo más allá de lo propiamente técnico. Ofrecemos compañía, atención emocional, y, a menudo, un espacio para que la esperanza pueda crecer, incluso en medio de la incertidumbre de una cama de hospital.

Todo esto nos lo agradecen los pacientes mediante miradas, sonrisas... En esos pequeños gestos, es donde siento que realmente cumplo con mi vocación. Más allá de las técnicas y los tratamientos, los pacientes necesitan saber que hay alguien allí, dispuesto a escucharles, a ser su apoyo emocional. Y eso es lo que hacemos los profesionales de enfermería: estar allí, con corazón y dedicación, ofreciéndoles consuelo.

Al final, Nochevieja de 2024 no fue una noche cualquiera. Aunque la pasé lejos de mi familia, rodeada de compañeros y pacientes, me llevo la sensación de haber hecho lo que debía hacer. Brindé, sí, pero lo hice por la vida, por la salud y, sobre todo, por la capacidad de ofrecer a los demás un poco de esperanza, aunque fuera en un hospital a la medianoche.

Ahora, ya en casa, me encuentro reflexionando sobre esta Nochevieja. Con el paso de los días, será una de esas memorias que guardaré con cariño en mi corazón. Sé que es solo el principio de muchas más noches así, pero también soy consciente de que, aunque sea difícil estar lejos de los míos en ciertos momentos, trabajar en este camino es un regalo. Me comprometo a seguir con dedicación, a ofrecer lo mejor de mí misma en cada turno, y a llevarme los recuerdos, las sonrisas y las historias que, aunque sean breves, siempre dejarán una huella profunda.